

Introducción

El “ser varón”, lejos de ser una esencia, es producto de una construcción histórico-social que lleva al que nace con sexo masculino a ajustarse e identificarse con valores, intereses, y atributos que la normativa genérica adjudica a la masculinidad. Las representaciones sociales de masculinidad son imperativas, y conforman un modelo hegemónico que exalta la autosuficiencia, la superioridad y el dominio sobre las mujeres, constituyéndose como norma referencial y medida de la hombría. Quien nace con órganos sexuales masculinos debe someterse al proceso de *‘hacerse hombre’*, que opera a partir de la diferenciación, la exclusión y la negación: no ser mujer, no ser bebé, no ser homosexual (Badinter, 1993). La masculinidad, entonces, es resultado de factores contextuales de carácter histórico, sociocultural y económico, junto a las incidencias de la ideología patriarcal vigente, que en cada sujeto serán resignificados y articulados subjetivamente, en marco de su particular historia familiar/personal, en un juego de tensiones particulares entre los factores antes mencionados.

Acerca de la Investigación

Valiéndome de un marco conceptual interdisciplinario, realicé una investigación donde intenté relacionar de modo significativo los estudios de género, la sociología, los aportes del psicoanálisis intersubjetivo y la historia, haciendo un recorrido desde lo social hacia lo subjetivo, con el objetivo de describir y explicar las características que presentan varones tucumanos en relación con su identidad de género, sus actitudes hacia la sexualidad, los cuidados de salud sexual y reproductiva, el vínculo de pareja y el estilo de paternidad adoptado. A partir de ello, diseñé una investigación integrativa, con el fin de buscar correlaciones y asociaciones entre las representaciones sociales acerca de la masculinidad -internalizadas en la subjetividad de los varones-, y su traducción en actitudes, conocimientos, prácticas, mitos y creencias respecto a los tópicos antes mencionados, constituyendo modos de subjetivación particulares. Para la muestra de investigación, se eligieron varones residentes en el gran San Miguel de Tucumán, cuyas edades oscilaban entre los 25 y los 45 años, con los que armé estratos, según zona de residencia y nivel educativo alcanzado. Para poder obtener estos datos, recorrí servicios de salud públicos y privados,

instituciones recreativas y educativas, fábricas, cooperativas y centros barriales. Como Instrumentos de Recolección de Datos me valí de una *encuesta, grupos focales y entrevistas individuales*. Obtuve 290 encuestas individuales y anónimas, mientras que gracias a los cuatro grupos focales y las diez entrevistas individuales se vehicularon contenidos producidos por los sujetos que refieren a las representaciones sociales: conceptos, percepciones, creencias, emociones, valores y prejuicios ideológicos. Todos los datos recabados me permitieron constituir una tipología masculina que presentaré en el encuentro de hoy.

Un acercamiento a algunos resultados obtenidos

Las representaciones genéricas inscriptas en el psiquismo, en el habitus de género (Bourdieu, 2000), generan y organizan las prácticas sociales, repitiendo prácticas tradicionales sin necesidad de una reflexión consciente o un control lógico de las mismas, en tanto son performadas según 'lo esperado' genéricamente.

Ahora bien, en el orden social vigente, las mujeres están redefiniendo su identidad, cambiando sus prácticas y buscando democratizar los vínculos, lo que modificó las reglas de juego y creó desconcierto y temor en los varones. Como resultado de ello, es posible observar nuevas contingencias en las relaciones personales, ya que los cambios femeninos han producido un efecto de desestabilización sobre la masculinidad, lo que es negado por los varones, a causa de que el dominio masculino y la creencia en la superioridad de los hombres permanecen latentes en el imaginario colectivo. Si la igualdad y la paridad de derechos son los baluartes de los tiempos feministas, estos trastocan, en el mismo acto, los emblemas viriles tradicionales, lo que provoca enormes conflictos en los varones, que tienen dificultades para asimilar la diferencia sin repudiar la igualdad y la equidad de derechos, porque han aprendido que ser varón es ser más y mejor que la mujer. En este momento de cambios, es notorio que las normas sociales que se inculcaron a los varones a través de las prácticas que instituyeron su masculinidad no coinciden con la realidad actual, y luego del conflicto y la perplejidad inicial, se producen tres respuestas en ellos, que oscilan entre el rechazo ante el cambio e intentos de apertura a éste: la impotencia vital, la supuesta deconstrucción y la búsqueda de una equidad de género.

Los varones que se atrincheran, con mucho ahínco, en un tradicionalismo vetusto frente a la división socio-sexual del trabajo y a los cambios en la organización familiar, que continúan con un desempeño de

rol con características conservadoras, y que reproducen los mandatos del ser hombre acuñados dentro de la hegemonía viril, intentan evitar el vacío definicional que implicaría alejarse de la posición conocida, en un desajuste que he denominado **impotencia vital**. Constituyen entonces una imagen hipermasculina de la hombría, que da lugar a un varón profundamente ambivalente, rudo, beligerante, maltratador y fetichizador de las mujeres, con un 'falicismo defensivo' (Diamond, 2004), en el que el pene representa la completitud narcisística y, en función de esto, se reclaman para sí toda clase de privilegios. Ahora bien, si un varón hoy ya no puede seguir siendo dominante, -que es lo que asimilaron como "lo que se debe"-, se produce una herida narcisista que no siempre se puede tolerar, sobre todo si no hay soportes alternativos para la estima de sí. Si ser varón es ser superior (sobrevalorado, omnipotente y dominante) y diferente de la mujer (devaluada, frágil y subordinada), sostener esto se convierte en casi imposible frente a mujeres cada vez más empoderadas, lo que los descoloca, pues la creencia en la supremacía del varón, naturalizada, permanece arraigada en ellos como idea y como práctica. Se produce entonces una disminución del sentimiento íntimo de masculinidad, que es vivida por los varones como una pérdida real de autosuficiencia, lo que tiene enormes efectos en los lazos familiares y en los vínculos con las mujeres: cualquier avance de ellas en materia de derechos o logros sociales es interpretado como un intento de dominación femenina y una posibilidad de derrota masculina, que los posicionaría como subordinados, feminizados o "gobernados", pues ellas se "atreven a cambiar" los arreglos tradicionales. Así, victimizados y resentidos, estos varones con impotencia vital se vuelven poco saludables para sí mismos y para otros: los indicadores de violencia de género y de femicidios empeoraron significativamente en los últimos tiempos, como si se tratase de una "llamada al orden" a las mujeres.

Hay otros varones que adoptan discursos políticamente correctos, pero que, en realidad lo que hacen es intentar "aggiornar" los elementos estereotipados y tradicionales de los que es 'ser hombre' en su cotidianeidad, lo que da lugar a contradicciones entre el discurso manifiesto y lo que se hace. Se trata de **varones supuestamente deconstruidos**, que son aquellos que se adaptan parcialmente a la complementariedad y equidad que les demandan las mujeres, pero no por creencia o deseo propio, sino como manera de evitar un conflicto mayor con ellas. Así, la 'ayuda' masculina, cuando aparece, tiene un carácter eventual y está sujeta a las ganas del varón en cuestión. La supuesta deconstrucción es más bien

un autoengaño que una práctica, pues no se corren un ápice de la centralización del poder en lo atinente a sus actividades cotidianas. Siguen exigiendo privilegios, pero ahora lo hacen de modo disimulado. En muchas ocasiones, se produce cierto cuestionamiento de los emblemas de la masculinidad hegemónica, pero no se registra un interrogante introspectivo, sino que perciben la cuestión de modo proyectivo, como problemas de otros varones, que no les atañen personalmente. Estos varones temen transgredir el modelo hegemónico de masculinidad, porque la censura y la crítica de los pares es muy efectiva, lo que los lleva a reproducir las condiciones patriarcales que contribuyen a su statu quo preferencial, por más que no acuerden del todo con ellas. Por otra parte, en tanto las bases en las que se asienta su identidad genérica, su amor propio y su autoestima son androcéntricas y patriarcales, el movilizar esos pilares que sostienen su existencia puede resultar confuso y atemorizante al no contar con modelos o representaciones que supongan una noción de masculinidad diferente.

Se encuentran otros *hombres en un proceso más consciente de cambio*, intentando privilegiar la igualdad de género, por lo que definen el ser varón en referencia a sus potencialidades y debilidades, lejos de las posiciones forjadas como exclusivas por la masculinidad tradicional. Se posicionan de un modo más crítico que el grupo anterior frente a los emblemas identitarios de la masculinidad tradicional, buscando redefinirlos de un modo más saludable, por su propio bien y de sus vínculos. Consideran que este cuestionamiento a lo masculino no es una moda, sino un proceso continuo, que significa estar atento a las prácticas, a los modos de comunicación, a cómo afecta su posicionamiento a los otros, intentando ser conscientes de sus privilegios sociales, y en mayor o menor grado, aspirando a la igualdad.

A modo de conclusión

El peso de lo instituido resulta tan fuerte en los varones, que existe una tendencia a reproducir las mismas actitudes, dando lugar a un desfase entre las expectativas subjetivas –basadas en las representaciones tradicionales de masculinidad adquiridas- y las condiciones objetivas que hoy se viven, lo que da lugar en los varones a prácticas que no son ni equitativas ni acordes a los tiempos actuales. En este sentido, si los varones conciben como inmodificables y autoevidentes sus disposiciones de masculinidad tradicionales -que son las que les han transmitido y “es lo que se hace”-, esto tiene como

consecuencia una normalización de sus conductas y maneras de encarar el mundo, lo que impide su cuestionamiento. Esto significa que los varones viven el reparto paritario y equitativo de espacios, responsabilidades y poderes como un riesgo subjetivo, pues significaría no sólo poner en entredicho su identidad viril, sino que supondría un declive de sus privilegios, percibidos como naturales y eternos, en tanto derivan de la construcción de la masculinidad como modelo humano. Como, por el momento, no existen otras representaciones sociales viriles que tengan la misma fuerza para construir subjetividad que la desvalorización y la denigración hacia todo aquello que evoque pasividad y femineidad, los hombres continúan apuntalándose en el modelo hegemónico masculino para su constitución subjetiva, y no lo cuestionan por temor a deteriorar las bases en las que se asienta su identidad genérica, su amor propio y su autoestima. Los varones, entonces, se mueven en el interior de una paradoja, que supone una tensión entre la ilusión de una masculinidad fija e inmutable, y el terror de perderla y caer en una femineidad degradante. Para poder superar esta situación, será necesario fomentar en los hombres una reflexión autocrítica, y develar su malestar actual.

Asimismo, es necesario trabajar en la deconstrucción de las dicotomías genéricas, con el fin de pensar al género en términos transicionales, para que las antípodas femenino/masculino, entendidas como fijas y con fronteras inviolables, se vuelvan móviles y mantengan una tensión que no requiera solución, permitiendo un puente simbólico sobre las oposiciones escindidas (Benjamin, 1997), dando lugar a la posibilidad de expresión de matices subjetivos. Los varones deben ocuparse de reconciliar las nuevas circunstancias con sus ideas generales acerca de la hombría, para facilitar su transformación gracias a su propia actividad estratégica: al apelar a la invención, se posibilitaría el cambio, lo que permitiría hacer frente a las situaciones imprevistas que el campo social hoy trae aparejadas.

Bibliografía

- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza editorial.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama editorial.
- Córdoba, MG. (2020). *Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio*. Buenos Aires: Ediciones NOVEDUC.
- Diamond, M. (2004). Accessing the multitude within: A psychoanalytic perspective on the transformation of masculinity at mid-life. *Int J Psychoanal* 85:45-64.